

REAL ACADEMIA
DE CIENCIAS MORALES Y POLÍTICAS

IN MEMORIAM
D. DALMACIO NEGRO PAVÓN



IN MEMORIAM
D. DALMACIO NEGRO PAVÓN

REAL ACADEMIA
DE CIENCIAS MORALES Y POLÍTICAS

IN MEMORIAM
D. DALMACIO NEGRO PAVÓN

REAL ACADEMIA DE CIENCIAS MORALES Y POLÍTICAS
MAYO DE 2025



El artículo 42 de los Estatutos de esta Real Academia dispone que, en las obras que la misma autorice o publique, cada autor será responsable de sus asertos y opiniones. La Academia lo será únicamente de que las obras resulten merecedoras de la luz pública.

© Real Academia de Ciencias Morales y Políticas
Plaza de la Villa, 2
28005 Madrid

Realización e impresión: Bravo Lofish Diseño Gráfico, S.L.

ISBN: 978-84-7296-422-8

Depósito legal: M-17190-2025



D. DALMACIO NEGRO PAVÓN

ÍNDICE

In Memoriam

D. DALMACIO NEGRO PAVÓN

D. FERNANDO VALLESPÍN OÑA <i>Necrológica de Dalmacio Negro Pavón</i>	9
D. RICARDO SANMARTÍN ARCE <i>Dalmacio Negro Pavón In memoriam</i>	19
D. ANDRÉS OLLERO TASSARA <i>Dalmacio Negro, In Memoriam</i>	33
D. FERNÁN ALTUVE-FEBRES LORES <i>Dalmacio Negro Pavón en Iberoamérica</i>	45
D. JERÓNIMO MOLINA <i>Don Dalmacio in memoriam</i>	59
D. BENIGNO PENDÁS GARCÍA <i>Intervención del Sr. Presidente en la sesión In Memoriam de don Dalmacio Negro Pavón. Extracto del Acta final</i>	71

D. FERNANDO VALLESPÍN OÑA

*Necrológica de
Dalmacio Negro Pavón*

Tuve poca relación académica con Dalmacio Negro, y la personal solo puedo retrotraerla al momento en el que me incorporé a esta Academia, cuando empecé a tratarle y a sentir por él una verdadera estima y admiración. De hecho, aunque ambos podemos considerarnos teóricos políticos o historiadores de las Ideas, nos formamos en escuelas bien diferentes: él en la luminosa y fecunda cuna de la historia de las ideas española presidida por D. Luis Díez del Corral, yo bajo la tutela de D. Francisco Murillo, genial granadino, pero menos concentrado sobre ese ámbito de estudio y más abierto a temas de sociología política. D. Dalmacio Negro fue liberal conservador, yo soy liberal progresista en la estela que va de Stuart Mill a John Rawls e incluso coqueteé en mis inicios con la Escuela de Frankfurt. Nuestras divergencias teóricas son, pues, considerables; pero, sobre todo, generacionales. No es lo mismo lo que se leía en el momento en el que él comenzó su carrera intelectual, que aquello que interesaba a mis coetáneos. Y el enfoque y método que aplicamos al estudio de los teóricos del pasado difirió también considerablemente.

A pesar de todo ello, “aquí estoy, no puedo hacer otra cosa”, que diría Lutero. No ya solo porque, como es sabido, esta Academia destaca por la gran camaradería y solidaridad entre sus

miembros, sino porque a ambos nos unía el amor por la poderosa tradición del pensamiento político occidental y, creo, por una común curiosidad por penetrar en todos sus recovecos. Thomas Hobbes, un autor al que tanto él como yo mismo dedicamos intensas horas de estudio, describía la curiosidad como la pasión imprescindible para impulsar el ejercicio de la razón, “ese perpetuo deseo de saber y de investigar causas”. Es decir, que el razonar va siempre precedido de algo así como un empujón emocional. D. Dalmacio y yo podríamos discrepar en la evaluación o interpretación de esta u otra corriente, pero ambos convergemos —¡y cómo!— en esa pasión común. Y, desde luego, nos mostraríamos de acuerdo con esta afirmación de Montaigne: “Prefiero el trato con personas que me contradicen; aprendo más”.

Este es el punto, “aprender del otro”, y es mucho lo que Dalmacio Negro nos ha enseñado, tanto a mí como a sus numerosos discípulos. De no ser por él no hubiera tenido acceso a inteligentes interpretaciones de la tensión entre socialismo y liberalismo, o entre modernidad y pensamiento cristiano, o a los muchos matices del enfoque de la teología política, o a sus hábiles disecciones de las diversas concepciones de la naturaleza humana, o a su agudo tratamiento de autores como Carl Schmitt, Comte, Burke, Tocqueville, Donoso Cortés, Leo Strauss o el propio Ortega. Fue a través suyo como descubrí a Julien

Freund, por cierto, un autor que me era del todo desconocido, del mismo modo en que agradezco sus aportaciones sobre el liberalismo español, por el que nunca me había interesado hasta entonces porque pensaba que carecía del fuste necesario. Estaba muy equivocado.

Con todo, y perdonen que siga utilizando la primera persona del singular, lo que más me llamó la atención de su empeño fue esa descripción que hace del proceso de la modernidad a partir de la constante problematización del Estado, el gran problema irresuelto y sobre el que pivota al final la mayor parte del pensamiento político, en particular desde la provocación hegeliana. Por eso mismo, quizá su mejor texto sea *La tradición liberal y el Estado*, que presentó como Discurso de recepción en esta Academia en 1995. Desde luego, es mucho más que eso, es todo un tratado de historia del pensamiento; eso sí, con un hilo que lo va vertebrando: la idea de la libertad en sus diferentes encarnaciones. Todas ellas refugiándose bajo el paraguas común del liberalismo, pero cuya semántica no está siempre clara y permite hablar también, en la apreciación de D. Dalmacio, de variedades bien distintas del mismo: la distinción entre un liberalismo que denomina tradicional y un liberalismo estatista, un liberalismo político y un liberalismo regalista. La clave de esta distinción reside precisamente, como comienza a elaborar ya desde su temprano libro sobre

Stuart Mill, en la posición de cada uno de ellos ante el Estado. Uno tiende a sustituir el Estado por la sociedad, que sería el caso del que nace de la Revolución Francesa y acabaría afirmándose en el positivismo; y otro, que está más próximo a la tradición del iusnaturalismo clásico y del derecho consuetudinario; es decir, hundiría sus raíces en el concepto de libertad de la antigüedad greco-romana y en las formas de equilibrio de poderes del Medioevo; eso sí, inspiradas y reforzadas también por el mensaje cristiano. Por tanto, para él la libertad no sería ni la de los antiguos ni la de los modernos; esa no es la distinción fundamental. Lo importante a su juicio, y puede que aquí me exceda en la interpretación, es que aquella no sea entendida como una creación del Estado, sino que se perciba a partir de lo que ya lo antecedía y debería poder afirmarse frente a él, apoyándose sobre una pluralidad de instancias o corporaciones no subordinadas al Leviatán como aparataje del poder.

Es obvio que no puedo hacer justicia aquí a una obra tan extensa y multifacética, armada de una increíble erudición y que se disemina por libros tales como *Lo que Europa debe al cristianismo*, *Sobre el Estado en España*, *La situación de las sociedades europeas*, *El mito del hombre nuevo*, *La tradición en la política* o *La ley y el Estado*, entre otros. Y en sus innumerables publicaciones, sobre todo en la revista *Razón Española*. Es

un legado que ahí queda para ser diseccionado por futuros estudiosos e investigadores. Quienes ahora lo recordamos, coincidamos o no con sus tesis principales, no podemos dejar de llamar la atención sobre su visión del papel del pasado en el orden político.

Siempre he pensado que el mejor homenaje que se le puede hacer a un profesor no viene solo de sus colegas o interlocutores académicos, la evaluación de su rendimiento profesional; el más grato es el que se expresa a través del impacto sobre sus alumnos. Como tuve ocasión de comprobar de la lectura del libro homenaje a él dedicado, editado por Jerónimo Molina Cano en 2022, la fascinación que provocó entre sus alumnos a lo largo de sus innumerables años de docencia fue espectacular. Allí se destaca su sencillez y cercanía personal, el interés e incluso la emoción con la que se seguían sus clases, su respeto e incluso su apreciación de los puntos de vistas discrepantes, el carisma que ejercía e incluso, y puede que esto sea lo más importante, su capacidad para que sus estudiantes acabaran amando su asignatura —“el entusiasmo de Don Dalmacio por el pensamiento político era contagioso”—. En palabras literales de cinco de sus alumnas, entre las que se encuentra alguna que siguió la carrera académica se dice lo siguiente: “D. Dalmacio es un adalid de la libertad, un baluarte que nos ha servido de guía en tiempos en los que lo

políticamente correcto se ha convertido en un dogma. Un profesor diferente y un verdadero maestro contracorriente”. Incluso alguien como José Luis Villacañas, que ya entonces estaba en las antípodas del homenajeado, reconoce su personalidad singular, su fuste intelectual y recuerda con agrado el disfrute de sus clases en Valencia.

Y reservo para el final mi propia apreciación de la persona a la que tuve la suerte de tener como compañero en esta Academia, el D. Dalmacio que yo llegué a conocer. Les referiré una anécdota. No hace mucho, una de las veces que estuve en nuestra biblioteca vi un manojo de libros encima de la mesa de Pablo Ramírez, nuestro bibliotecario, quien, por cierto, dedica un interesante artículo a la estancia y producción del maestro en nuestra Academia en el número que *Razón Española* le dedica monográficamente. Por ese tic que tenemos todos los que nos dedicamos a la lectura, eché un vistazo a los títulos y me quedé impresionado, porque constituían una miscelánea perfecta de libros de total actualidad y que yo mismo me hubiera llevado a casa con gusto. ¿Para quién son?”, le pregunté a Pablo. Sí, lo han adivinado bien, eran para D. Dalmacio. O sea que hasta el último momento estuvo leyendo, investigando, indagando, satisfaciendo su incurable curiosidad intelectual.

Siempre permanecerá en mi recuerdo la persona que hacía su aparición en nuestra pantalla en

las transmisiones *online*: alguien rodeado de montañas o columnas de libros, liándose uno de sus pitillos y observándonos con cara de escéptico. Desde hacía tiempo ya, sus intervenciones, no demasiado abundantes, eran como breves flashes lingüísticos; oraculares, podríamos decir. Seguramente hubieran exigido una interpretación más detenida de lo que podíamos permitirnos en la continua sucesión de opiniones que caracterizan nuestros debates. Ahora, desde luego, lamento no haberlo hecho, porque constituían pequeñas piezas de sabiduría.

Permanece en mí, sin embargo, su bonhomía y su personalidad entrañable, con esa mirada irónica y afable a la vez, que era capaz de expresar mucho más de lo que emitía a través de su voz. No creo equivocarme al afirmar, y ahora sí utilizo al fin la primera persona del plural, que todos estamos ya echándolo mucho de menos. Descanse en paz.

¡Muchas gracias!

D. RICARDO SANMARTÍN ARCE

Dalmacio Negro Pavón
In memoriam

Sr. presidente, señoras académicas, señores académicos, estimada familia y amigos.

Al recordar a nuestro compañero Dalmacio Negro Pavón no pretendemos resumir su vida en la imagen que nos deja en la memoria. Ese recuerdo no es su vida, ni es propiamente su historia. Es algo nuestro, subjetivo, limitado a nuestros encuentros como parte del trayecto en el que hemos coincidido. Pero, aun siendo solo el punto escueto del cruce entre dos vidas, sigue siendo el encuentro milagroso de su persona. Siempre nos sorprende que la infinitud de un ser humano quepa entera, no ya en la brevedad de una vida, sino en el instante de cada encuentro, como un hallazgo único y más allá del tiempo.

Tratándose de un catedrático universitario, de un investigador y un escritor tan comprometido con sus palabras, nos mueve a evocarlo el reconocimiento profesional de quien tan generosamente nutrió nuestras sesiones de ideas, de erudición, de preguntas enriquecedoras que matizaron nuestros diálogos de los martes, una aportación constante, un contrapunto que retó siempre nuestra visión del mundo desde la suya.

Nos mueve también el agradecimiento a quien entregó en sus hechos e ideas su propia persona.

La presencia del autor testimoniando el sentido de sus palabras añade su verdad a la fuerza de las ideas. Ese es el caso de nuestro compañero Dalmacio: presente siempre en su voz, supo aunar su gran erudición con la afirmación de su propio pensamiento. En esta cualidad nos recuerda las palabras de Ortega: <<Cuando la idea se refiere a un tema muy abstracto, como en la matemática, puede *prácticamente* prescindirse del hombre concreto que la ha pensado ... Pero ideas referentes a auténticas realidades son inseparables del hombre que las ha pensado ... el *lógos* no es realmente sino reacción determinadísima de una vida individual [Por eso reconocía Ortega] que yo estoy presente en cada uno de mis párrafos>>¹. En esto, nuestro compañero Dalmacio encarnaba <<el terrible imperativo de autenticidad>> como necesidad humana². Fue esa autenticidad la que le permitió, al observar las *realidades auténticas* de las que hablaba Ortega, rendirlas a su verdad de observador.

Pero Dalmacio no fue solo un excelente académico, un compañero entrañable y un observador auténtico. Antes, y siempre, fue también un profesor que cumplió con su misión comunican-

¹ ORTEGA Y GASSET, J. 1987 (1923): El tema de nuestro tiempo. *Revista de Occidente* en Alianza Editorial. Madrid, p. 16.

² Ibid, p.30.

do con entusiasmo sus ideas, mostrando en cada lección, como decía Ortega, la tragedia a la que aquellas respondían y, en consecuencia, mostrando su respeto a la dignidad de las ideas. Ambos esfuerzos, de autenticidad y de respeto, se plasmaron en sus clases y en sus libros a lo largo de toda su trayectoria académica.

Desde mi primer encuentro con el Profesor Dalmacio Negro, en la Universidad de Valencia, en 1974, hasta sus últimas apariciones en pantalla en las sesiones madrileñas de nuestra Academia, siempre lo encontré como un reto vital emergiendo del humo de su cigarrillo entre una montaña de libros, dando voz a un sinfín de papeles, borradores y apuntes, que, como mensajes a sí mismo, enmarcaban el retrato del pensador que nos ha legado en la memoria. En aquellas fechas del pasado siglo, D. Dalmacio partía a Madrid dejando sus clases en el Departamento en el que en esa fecha me integraba yo como Profesor ayudante de Antropología. Luego volvimos a coincidir en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociología de la Universidad Complutense y, finalmente, en esta Academia. Las paralelas de nuestro curso vital, a pesar del encuentro, nunca se cruzaron, a no ser que, como dice la ciencia, lo hagan en el infinito al que Dalmacio ha partido adelantándome siempre.

No pretendo comentar su extenso currículum en Filosofía, Historia de la Ideas y Ciencia Polí-

tica, materias en las que no soy especialista. Mis colegas lo hacen por mí. Me centraré brevemente en las ideas de alguno de sus libros.

Dados los hechos que en la actualidad parecen apartar nuestro presente de su paso acostumbrado en la historia, encuentro en *Lo que Europa debe al cristianismo* un vibrante compendio de temas que muestran con rotundidad los problemas que le movían a encender otro cigarrillo y volver a escribir *erga omnes* haciéndonos dudar de si el humo procedía del incendio de los papeles, del tabaco o de la chispa de sus ideas frente al mundo.

En toda escritura, para comprender lo escrito cuando lo leemos, tan importante es lo que se escribe como desde dónde lo hace el escritor. Europa, el cristianismo, el Estado y la Tradición Liberal son algunos de los temas que más han reclamado la atención de nuestro compañero. Hace más de treinta años que Dalmacio sintió el dardo de preguntas que también hirieron a otras generaciones anteriores a lo largo de todo el siglo XX. Sin embargo, eso no significa que su pluma se ciñese a una mirada retrospectiva. Su elección nace no del pasado, sino de lo herido en el presente, esto es, del interior desde el que contempla su tiempo, una actitud muy orteguiana que integra su circunstancia en la que conviven la historia sin final con el futuro ya vigente como aspiración y preocupación, sus creencias y sus

valores. Si Dalmacio Negro revisa e historia las ideas y formas políticas, las aportaciones de Stuart Mill o de A. Comte, lo hace motivado por la necesidad de precisar el lugar en el que el presente se distingue de aquel pasado. Desde ahí, desde sus valores y su fe en el ser humano, criticará el supuesto fin de la historia sancionando su continuidad, el aún de su sentir herido.

En sus miradas al presente de hace veinte años nos adelanta previsiones que hoy van siendo actuales. Decía Dalmacio en 2004 que “es posible que Norteamérica, a cuya iniciativa —el famoso Plan Marshall (1947)— se debe el lanzamiento del proceso de unificación europea, haya ejercido por última vez su caridad con Europa en los asuntos de Yugoslavia y Perejil”³, a la vez que, en el siguiente párrafo comentaba que “Ortega creía que Europa entendería la necesidad de unirse cuando asomase una coleta china por los Urales”. Sus sospechas no fueron profecías, pero la agudeza de su observación prueba la calidad de su mirada. Aunque entonces creyese que Rusia no preocupaba y ahora sea todo lo contrario, sintió, no obstante, la necesidad de tener en cuenta a ambas potencias. Tampoco Ortega acertó del todo, pero supo ver con inteli-

³ NEGRO PAVÓN, D. 2004: *Lo que Europa debe al cristianismo*. Unión Editorial, p. 9.

gencia esa parte del presente que llamamos futuro y ahí acertó al subrayar la siempre tardía unidad de los europeos. Hoy los chinos ya no llevan coleta y, aunque tampoco asoman por los Urales, lo hacen desde África, mientras los rusos actúan desde el mar, invaden Ucrania o jaquean las campañas electorales occidentales. El amigo americano abandona su caridad *urbi et orbi* y, en vez de apoyar la democracia envía armas con un saludo romano, que acaban ungiendo la tierra con la sangre de los inocentes.

Dalmacio pensaba y escribía que “la cultura europea y occidental se ha constituido esencialmente por la acción del cristianismo al configurar un *êthos* específico”⁴, pero veía también una suma cumulativa de cambios que entendió como decadencia. Modernidad y Religión, tantas veces en pugna en la historia, podían entenderse como incompatibles o, como mostró el Concilio Vaticano II, como renovación y fecundación recíproca. La minoración de la presencia pública de actos colectivos religiosos o de símbolos religiosos en Occidente, como signo de secularización, también se entiende como respeto a la pluralidad de las creencias, como señal de ecumenismo. Todos ellos son fenómenos observables en la historia y son, en realidad, fenómenos normales,

⁴ Ibid, p. 12.

propios de los cambios culturales porque, aunque nos remitamos a la cultura como marco y puente que abraza lo común facilitando el entendimiento, la cultura misma cambia, no es de mármol, no está quieta ni muerta sino viva y en movimiento, viéndose en la necesidad de moverse para no perder el equilibrio y seguir aunando a los seres humanos a pesar de la velocidad de los tiempos. Claro está que velocidad, equilibrios y proporciones no son fáciles de aunar cuando crece la población y es mayor la energía que consumimos para seguir en pie mientras otros caen y sentimos un cargo de conciencia. No siempre los cambios son decadencia del pasado, aunque tampoco todo cambio sea progreso. Quizás verlos como movimiento debiera ser un paso previo al dictamen valorativo en sociedades tan plurales como las modernas.

Nunca fue fácil gobernar ni filosofar, no sé si porque la *humanidad* tiene *el fuste torcido* —como decía Isaiah Berlin— pero, desde luego, la historia obliga a los pensadores a leer recto entre renglones torcidos, sobre todo cuando la gente que firma con sus actos la historia se empeña en tirar hacia su lado el papel frágil del manuscrito de la historia que entre todos escribimos. En ese esfuerzo lector se metió Dalmacio con su mejor deseo de encontrar un rumbo con la luz de la esperanza. Con esa luz iluminó críticas a la decadencia de Europa, de la Iglesia, de la altura intelectual

de nuestro tiempo, lamentando la flojedad de la fe, la desorientación, el desánimo y el excesivo silencio desde las instituciones. Sus diagnósticos nunca fueron anodinos sino controvertidos; hicieron pensar, inquietaron y de ese modo pusieron en marcha el debate que responde con la palabra al imparable movimiento de la historia y la cultura.

Esa flojedad de los tiempos que él denunciaba le llevaba a afirmar que quizá <<falte mística ... Los grandes místicos son grandes psicólogos y grandes organizadores. A ellos se deben los numerosos renacimientos religiosos>>⁵. Detrás, por tanto, de su observación latió siempre un proceso metodológico de comparación entre las instituciones sociales del Estado y el cristianismo, el estatismo y la religión. El profesor Dalmacio Negro percibió muy bien no solo la tecnificación del Estado, sino también el peso en ese proceso de la imagen cultural del *mecanismo*, una imagen cargada de valor cuando escribió: <<Lo que importa son los mecanismos, que funcione el conjunto, no la formación del carácter ... el ambiguo, omnipotente y omnipresente Estado neutral ... no respeta ya el sutil equilibrio necesario entre la religión y la política. El mecanismo estatal puede prescindir de la religión>>⁶.

⁵ Ibid, p. 24.

⁶ Ibid. p. 27.

Dalmacio se refería no solo a España, sino a Europa y Occidente pidiendo una historia de Europa que superase las distintas historias nacionales, e insistiendo en la base cristiana de la cultura europea como <<denominador espiritual unificador ... que, al ser una religión universalista, ‘católica’, puede acoger sin reservas la variedad>>⁷.

Esta referencia a la unidad de la diversidad europea bajo el común espíritu cristiano que desde el fondo de la historia vio siempre nuestro querido compañero, ha sido una constante desde su discurso de ingreso en esta Real Academia. Ya en su texto *La Tradición Liberal y el Estado* (1995), tras estudiar y comparar los distintos tipos de liberalismo y las formas de Estado a lo largo de la historia, concluía {308} <<Los antiguos tenían sólo un mundo, el *cosmos*, paradigma del orden político, cuyo contrapunto era el *caos*. Los cristianos, dos mundos mediados por la nada: uno eterno y otro temporal, uno trascendente y otro terrenal, lo que dio lugar a sendas formas de vida, la eclesiástica y la política. En la medida en que fracasase caóticamente el intento de hacer del Estado el único mundo del hombre, como ha sucedido en el Estado Totalitario y el Estado Providencia, su crisis final, repetidamente

⁷ Ibid, p. 109

anunciada, puede ser realidad en los albores del siglo XXI ... En la nueva situación está fracasando el orden estatal por su debilidad espiritual ... la lógica del modo totalitario de dominación ... genera una concepción ... del mundo que pretende excluir lo que la contradice para conservar su propio orden total>>.

Como vemos, a lo largo de su trayectoria académica, Dalmacio Negro ha insistido en su búsqueda de una verdad que escapa siempre en toda historia, en toda forma política, en cada idea de libertad o de hombre nuevo. Perseguir algo implica que aquello que se persigue se sigue escapando, que cuando creemos haberlo alcanzado vuelve a desvanecerse como si los viejos mitos fuesen tan ciertos como los propios hechos de la historia, más aún cuando es la propia historia la que, con su veloz fluir, en vez de agotar sus energías, parece multiplicarlas y acelera el paso de pantalla en pantalla a través de redes tan sin fin como la misma historia. Lo único firme que Dalmacio encuentra es la deuda que Europa y Occidente tienen con el cristianismo. Dalmacio ha escrito no para pagar la deuda, sino para reconocerla, pues se trata de una deuda que, con los años, los Concilios y la Modernidad, se ha ido ensanchando, renovándose y modificándose, ampliando su cuerpo en toda dirección hasta difuminar toda frontera en su forma. Es difícil poner barreras al <<aire que sopla donde quiere, y oyes su voz, y

no sabes de dónde viene ni adónde va>> J3:8. Dalmacio nos insta a esa escucha.

Si en el pensamiento de Dalmacio hiciéramos una *reducción a las ideas mismas* que fundan su fuerza, estaríamos haciendo un descenso reflexivo hacia la base similar al que proponía Ortega al criticar la *cultura*. Nos pedía Ortega que buscásemos tras la cultura la *circunstancia* viva con sus punzantes necesidades irresueltas todavía, ya que, para satisfacerlas en su concreción histórica nacieron las soluciones como invento cultural. Nos pedía Ortega que buscásemos <<nuestra circunstancia ... en lo que tiene de limitación ... aceptar cada cual su inexorable circunstancia y, al aceptarla, convertirla en una creación nuestra ... traducir la necesidad en libertad>>⁸. En el caso de las ideas y formas políticas, volver en esa *reducción a la base de la circunstancia* no consiste en volver al pasado, sino a ese fondo más hondo que el pasado y que Dalmacio encuentra en el latido universal del corazón del Hombre.

Gracias por cuanto nos has hecho pensar.
Descansa en paz querido Dalmacio.

⁸ ORTEGA Y GASSET, J. op. cit. pp. 50-51.

BIBLIOGRAFIA

BERLIN, I. 2019: *El fuste torcido de la humanidad*. Capítulos de historia de las ideas. Península. Barcelona.

NEGRO PAVÓN, D. 1995: *La Tradición Liberal y el Estado*. Real Academia de Cc. Morales y Políticas. Madrid.

NEGRO PAVÓN, D. 2004: *Lo que Europa debe al cristianismo*. Unión Editorial. Madrid.

ORTEGA Y GASSET, J. 1987 (1923): El tema de nuestro tiempo. *Revista de Occidente* en Alianza Editorial. Madrid.

D. ANDRÉS OLLERO TASSARA
Dalmacio Negro, In Memoriam

Debo ante todo agradecer a nuestro Presidente la sugerencia para que interviniera en este acto, que no dejó de sorprenderme. La he agradecido por doble motivo.

En primer lugar, porque en estas sesiones es habitual que intervengan aquellos académicos que —por razones biográficas, de larga convivencia universitaria o de particular afinidad doctrinal— se han visto, a lo largo de los años, más estrechamente identificados con la figura a la que se rinde homenaje. Es obvio que no son pocos los presentes que pueden mostrar esas condiciones con más brillantez y acierto que yo. Puesto a encontrar similares coincidencias habría de remontarme al hecho anecdótico de que he sido, como académico, sucesor de un gran amigo del hoy recordado; como quedó demostrado al asumir la respuesta a su discurso de ingreso en nuestra Academia: Gonzalo Fernández de la Mora (*La teoría liberal y el Estado*, Madrid, Real Academia de Ciencias Morales y Políticas. 1995).

En segundo lugar, agradezco que dicha sugerencia me permita disfrutar de la oportunidad de expresar públicamente mi profundo respeto y mi hondo afecto a nuestro compañero.

Respeto, generado por el indudable rigor que acompañó siempre a su exhaustiva laboriosidad. Su estampa, en las ocasiones en que se veía obligado a optar por el contacto telemático, en una habitación tapizada por libros en todas las paredes, que se acumulaban igualmente sobre la mesa y, no me extrañaría, quizá incluso algunos por el suelo, demostraba que sus ideas no eran gratuitas ocurrencias, sino fruto de un notable cúmulo de lecturas y de horas de estudio.

Afecto, a la vez, porque era hombre que se hacía querer; cuando superaba arduamente sus progresivas dificultades de movilidad, o buscaba apresuradamente la puerta de salida, para poder liar en la plaza un cigarrillo a la antigua usanza. Como fruto de nuestra creciente amistad, le importuné más de una vez por teléfono, sin acertar en todos los casos con sus peculiares horarios, dada la nocturnidad de buena parte de sus lecturas; ya que —como explicaba en una entrevista— a esas horas “todo está más tranquilo” y, como “ya que no puedo moverme mucho, escribo hasta altas horas de la madrugada”. Con ello alimentaba su notable memoria, que le llevó a reconocer que, dadas sus abundantes citas, “me solían llamar diccionario con corbata, cuando impartía clases”.

Quizá un lector ocasional pudiera aventurar en el profesor Negro Pavón —al que, mejor, llamaré en adelante Dalmacio, porque estamos en

su casa— algún aire pesimista, más propio de profeta de calamidades. En realidad —al releer en estos días tantos textos suyos que he ido acumulando— confirmo mi convicción de que, armado de un saludable espíritu crítico, lo que le acuciaba era un afán de espabilar a más de un durmiente, despertando su conciencia, hasta hacerle constatar que —como suele decirse— el rey en realidad iba desnudo.

No tendría mucho sentido que les aburriera con mis opiniones sobre las afirmaciones de Dalmacio, fallecido el pasado 23 de diciembre, coincidiendo con su cumpleaños; según ha recordado por escrito uno de los asiduos a los seminarios que dirigió hasta su última semana de vida. Pienso que la mejor manera de rendirle homenaje es cederle a él la palabra, rememorando las suyas.

Siempre me ha parecido que un buen sistema para calibrar la calidad de un trabajo académico es repasar las figuras con los que el autor dialoga. Dime a quiénes lees y te tiré por dónde anda el nivel. Muy tópicamente, se le ha emparentado con Carl Schmitt, quizá por el morbo que lleva consigo su conocida polémica con Kelsen, en torno al “guardián de la Constitución”. De Schmitt precisamente dijo en esta casa Dalmacio, que se desacreditó al intentar rescatar el crédito de la política (*“Anales”* 95, de 2018). Lo cita en efecto, del brazo —más de una vez— de Álvaro D’Ors.

En realidad, desde un punto de vista crítico, quien se lleva la palma —en su incesante coloquio con los clásicos— es nada menos que Augusto Comte y, puestos a alabar, es Tocqueville el más laureado.

Si hay un rasgo de Dalmacio que siempre ha despertado mi atención es su gallardo pasear olímpico por las praderas de lo políticamente incorrecto. Él se sentía vacunado al respecto, hasta el punto de ironizar, sugiriendo que se ha abusado tanto de palabras como facha, fascismo y franquismo, que suenan como un piropo; por lo que debieran sancionarse o prohibirse en virtud de la ley de violencia de género.

Como tantos otros de mi generación, creo que la etapa más disfrutada de mi vida fueron los años de la transición democrática. De ahí que —como tantos— añore aquel consenso entre los partidos y sueñe con una España normal, en la que la capacidad de colaboración supere a la polarización y, de camino, a la guerracivilista memoria histórica, a la que Dalmacio no dudaba en calificar de histerica.

Él, por el contrario, estaba lejos de suscribir la infalibilidad del consenso. Animaba, más bien, a indagar sobre los males de lo que calificaba como consenso socialdemócrata, en el que reunía al fin —eso sí, por vía crítica— al PP y al PSOE; a la vez que se asombraba ante la tozuda búsqueda del centro político. Incluía tácitamen-

te en ese, para mí, deseable consenso a los dos grandes partidos, pero pone en guardia ante el peligro de que las oligarquías sustituyan el compromiso por un consenso político, pero solo para enmascarar sus intereses. Con ello la democracia podría acabar reduciéndose a la corrección política, definida y sancionada por los gobiernos con un asentimiento —activo o pasivo— de los gobernados infantilizados por una propaganda masiva. Teme que el truco del consenso consista en que la única oligarquía sea la de los consensuados, con el peligro de que acabe consistiendo en una oligarquía de oligarquías, sin competidores; una dictadura disfrazada de pluralismo. No es pues de extrañar, en consecuencia, que el pacifismo aparezca casi siempre contra algo o contra alguien, como —a su juicio— se ve paladinamente todos los días.

Si hay pues un tema que reina en sus escritos es el del juego de las oligarquías. Lo que me rejuvenece, porque me lleva a recordar la primera conferencia a la que —como joven universitario con 16 años apenas cumplidos— asistí. Tuvo lugar en la sevillana Casa de Pilatos, de aire aristocrático, donde se reunían los monárquicos juanistas del lugar. El orador era el catedrático de filosofía Jesús Arellano que, puesto a hablar de la democracia —novedoso tema, por entonces— insistía en identificar a las oligarquías como su principal enemigo.

Dalmacio lo tenía claro: los gobiernos son siempre oligárquicos digan lo que digan los políticos, autoengañándose o para engañar a los demás; el poder recae siempre en manos de una pequeña minoría. Logra, sin embargo, encontrar en lo que llamaba la ley de hierro de la oligarquía, una ventaja: descalifica o ridiculiza las pretensiones del pensamiento político que no se atiene a lo concreto; pero, sin embargo, hace imposible una teoría política universal, porque la intensidad con la que opera acaba dependiendo del azar. Considera que son ilusorias las exigencias de que los partidos se democraticen internamente; aunque olvida que —como he afirmado alguna vez en esta casa— si lo intentan, serán penalizados por el elector que piensa: si estos tienen problemas internos, cómo van a estar en condiciones de resolver los míos. Por lo demás, da por hecho que la transformación de la democracia en una religión tiene bastante que ver con la omisión del carácter universal de esa ley. Apunta que, para Aristóteles, la democracia ilimitada es —lo mismo que la oligarquía— una tiranía repartida sobre un gran número de personas. Recuerda, en todo caso, que —según la concepción clásica— lo opuesto a la democracia no es la oligarquía, sino lo que llamaban los griegos la demagogia.

Le preocupa especialmente la transmutación de la política en religión, porque las religiones

políticas son fanáticas y buscan el triunfo sobre las auténticas sin reparar en los medios. Se preguntó en esta casa (*Anales* 80, del 2003) y lo amplió en un voluminoso libro (Madrid, Unión Editorial, 2004) por “*Lo que Europa debe al cristianismo*”, con abundantes referencias a su frecuentemente citado Girard. Detectó en torno a Europa hasta veinte ideas de origen cristiano o determinadas por el cristianismo. La historia de Occidente, que incluye la de Europa es la historia, para él, del *ethos* cristiano. Spaemann nos consideraba instalados actualmente en la post-cristiandad, pero nuestro académico, puesto que se hoy habla de transmodernidad, sugiere que quizá habrá que hablar de transcristiandad; porque hoy lo trans sustituye a lo post.

Entiende que en Europa se ha reducido el cristianismo a la moral, como ya anticipó Nietzsche, y hace suya la afirmación de Oliver Wendell Holmes de que la ciencia nos da grandes respuestas a cuestiones menores, mientras que la religión nos da pequeñas respuestas a grandes preguntas. En consecuencia, se adopta con frecuencia una actitud crítica hacia la religión, por considerarla irracional, algo propio del pasado, en definitiva, mitología. El positivismo, como es notorio en Comte, su padre filosófico, sirve como fundamento. Por otra parte, la anarquizante revolución de mayo de 1968 selló la unión entre marxismo y progresismo y ha difundido el clima intelectual

y moral imperante hoy en Europa, caracterizado como postmodernismo. A su juicio, ya no se trata propiamente de ateísmo sino de increencia; una suerte de superación del ateísmo, en el sentido querido y pronosticado por Comte antes que por Nietzsche.

No descarta que Occidente como civilización haya dejado de ser un concepto cultural unificador, avanzando que se podría llegar a detectar una civilización norteamericana distinta de la europea y quizá también de una civilización hispanoamericana en el mismo sentido. Anima a preguntarse si podría sobrevivir la democracia sin los supuestos cristianos en que se apoya, por muy secularizados que estén.

En todo caso, reconoce a la dignidad humana como una especificidad que fue el denominador común de la vida europea, al que esta debe su superioridad y que ahora tiende a difundirse universalmente. Detecta, sin embargo, que se ha absolutizado el principio de inmanencia, en oposición polémica al de trascendencia. Al no poder soportar la crítica de la Iglesia, el Estado aspira a sustituir a la religión, despojándola de su carácter público, mediante una política monopolizadora de todo lo social.

Le preocupaba que el único criterio de los políticos sea aplicar la técnica, según el principio de que todo lo que puede hacerse, debe ser hecho; esto explicaría que, a su juicio, el ser humano sea

la única especie que se mata a sí misma, con el aborto y con la eutanasia; porque el objetivo de toda especie es su perpetuación. De ahí que, a la hora de elegir entre políticos, partiera del principio de que, entre un tonto y un malvado, es mejor siempre el segundo porque al menos descansa.

D. FERNÁN ALTUVE-FEBRES LORES
Dalmacio Negro Pavón
en Iberoamérica

I

A sus venerables 93 años, el 23 de diciembre de 2024, el mismo día en que los cumplía Dalmacio Negro Pavón, ha devenido en un inmortal en la ciudad de las letras y su notable obra ha quedado completa.

Licenciado en derecho en 1954 en la Universidad Complutense, luego en Filosofía se interesó por la ciencia política y se hizo discípulo de aquel coloso intelectual que fue Luis Díez del Corral (1911-1998) por quien guardo una admiración y aprecio imperecedero. Bajo su asesoría se doctoró en Ciencia Política publicando luego su tesis con el título *Liberalismo y socialismo: La encrucijada intelectual de Stuart Mill* (1966). En 1973 se había iniciado en la enseñanza universitaria alcanzando la cátedra en 1982. Uno de sus alumnos, José Luis Viña Cañas lo recuerda así:

Dalmacio Negro era un profesor extremadamente simpático y popular. Caía muy bien porque tenía una retórica al mismo tiempo firme y distante, sencilla y eficaz. Hablaba sin demasiado énfasis, pero con solvencia y agudeza. Era cercano, sin énfasis y carente de toda afectación, y atendía las preguntas con deportiva paciencia. Lo veo subido en la leja-

na tarima, paseándose, todavía más pequeño de lo que era por el efecto de la lejanía, con su cigarro mal liado de aquella marca Ideales, que se presentaba en un paquete azul con un pitillo del que brotaba una fumarola blanca. (Pensar el Estado. Madrid, 2022. p. 468)

Pero más allá de la simpatía y afabilidad, en sus lecciones siempre estaban presentes ideas profundas por eso Jesús Varela Fernández nos dice que en cada una de esas clases aparentemente rutinarias

Dalmacio regalaba una o dos píldoras de pensamiento político alternativo que me golpeaban con la fuerza de los revelado y me invitaban a estudiar, cuestionar, reflexionar y razonar sobre la base de algo nuevo y escandaloso. En esas clases, con Dalmacio jugando en campo contrario, fui anotando las ideas de un tradicionalista que se hacía llamar liberal y que no era sino un contrapensador único, o un pensador único, por el único pensador realmente original que yo había conocido en mi vida (Pensar el Estado. Madrid, 2022.p. 490)

Ese pensamiento político alternativo, fue dando forma al liberalismo heterodoxo o liberalismo “suigéneris” que distinguirá a Dalmacio Negro de los demás seguidores del liberalismo ideológico. Danilo Castellano resalta esta distinción porque el discípulo de Díez del Corral:

no duda en reconocer la existencia del orden natural, que no es límite, sino regla de actuar, tanto individual como comunitario. Este orden, según Dalmacio Negro está referido primariamente a la familia. Por lo que respecta a la comunidad política, sostiene que su finalidad son las obras buenas, no la convivencia (la misma convivencia es consecuencia de las obras buenas, no de los límites intersubjetivos arbitrariamente establecidos). De ello se deriva el rechazo de las teorías utópicas ilustradas por parte Dalmacio Negro... (Pensar el Estado. Madrid, 2022.p. 85)

Los aportes de este singular profesor fueron reconocidos con la propuesta de su maestro Luis Díez del Corral, para que ostentase la medalla número 38 de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas. A ella ingreso el 9 de mayo de 1995 con su notable discurso titulado *La tradición liberal y el Estado* que fue contestado por su amigo Gonzalo Fernández de la Mora (1924-2004) quien resalto la incorrección política del nuevo académico al decir:

Dalmacio Negro Pavón es un valioso intelectual, independiente y crítico, algo que los partidismos al uso tratan de marginar. Voces como la suya rompen felizmente un clima general de oportunista mansedumbre o medrosa ausencia

Hasta este célebre discurso la obra de Dalmacio Negro se había ocupado especialmente de los

grandes textos de pensadores políticos como Guizot, Goethe, Hegel, Hobbes, Hume, Marx o Stuart Mill, Tocqueville, Kant, Rousseau, Jouvenel entre otros. Hasta entonces su obra estaba representada en su tesis doctoral y el discurso de ingreso a la academia ya mencionados y en dos textos más: *Comte: positivismo y revolución* (1985) o *El liberalismo en España* (1988). Por ello Fernández de la Mora afirmaba:

“Estos cuatro libros son las islas mayores que dominan un denso archipiélago de más de medio centenar de ensayos y dos decenas de traducciones de clásicos de la política, ...”

Ahora bien, a partir del ingreso de Dalmacio Negro en la academia vemos surgir una segunda etapa de su producción que estará centrada en la historia del Estado moderno al grado de convertirse en el más importante teórico del “no estado”. Esto podría parecer contradictorio al observar la influencia del pensamiento alemán y su “estatalismo” en los estudios de Dalmacio Negro, pero Jesús Varela Fernández nos brinda una explicación clave en el pensamiento del profesor Negro Pavón cuando nos dice que:

la germanofilia de Dalmacio es pre idealista y prerromántica, o sea, Dalmacio se queda con la Alemania de antes de Fichte y Hegel y es bastante crí-

tico con lo que viene a continuación. La Alemania de Dalmacio es europea y tradicional, la define el bosque más que la ciudad, y es previa al idealismo gnóstico que genera en lo que todo sabemos... la Alemania de Dalmacio en buena medida de Alemania de Bach... (Pensar el Estado. Madrid, 2022. p.494)

De aquí se puede entender que don Dalmacio, gran estudioso de Carl Schmitt (1888-1985), lo ha valorado a través de la interpretación hispana que hizo del maestro de Plettemberg su amigo Álvaro d'Ors (1915-2004) y su rechazo al estado moderno. Puesto que:

Para Dalmasio la historia de Occidentes la historia de la Iglesia hasta el siglo XVI en que aparece el Estado y, él entiende el valor cristiano de la lucha de la iglesia contra el Estado. Por eso la doctrina social de la iglesia le parece contradictoria cuando acepta el estatismo a partir de 1891. La iglesia pierde la primacía teológica y esta es asumida por la teoría del Estado en beneficio de Fichte y la nación o de Hegel y el Estado. (Pensar el Estado. Madrid, 2022.)

Los grandes libros de esta segunda etapa de Dalmacio Negro fueron *Lo que Europa debe al cristianismo* (2004), *El mito del hombre nuevo* (2009) e *Historia de las formas del Estado* (2010) en los que:

rechaza todas las ideologías. Las considera religiones seculares o sustitutorias de la Fe verdadera, y destructoras del êthos de los pueblos. Todas ellas condenan, en última instancia, a los hombres al totalitarismo en sus distintas vertientes. (Pensar el Estado. Madrid, 2022.)

Por lo dicho, para el estudioso Pedro Gonzales Cuevas, Dalmacio Negro es un pensador liberal-conservador cuyos fundamentos se basan en el historicismo y el realismo político, y de ahí se puede entender su crítica al “consenso socialdemócrata”, nacido en las revueltas de mayo del 68, que para nuestro autor es la manifestación de una nueva oligarquía, hoy ya muy gastada, y frente a la cual propugna el regreso a las libertades concretas, las libertades dentro del orden como la más acabada expresión de la tradición política de Occidente. Ese occidente en que también se encuentra Iberoamérica.

II

Dalmacio no fue particularmente viajero y, de ahí, que su encuentro con Iberoamérica fuese algo tardío, al mediar la década de los 90. sus vínculos anteriores a esta fecha se debieron a los alumnos de esta región llegaron a estudiar a Madrid o a profesores que también visitaron España.

Su primer viaje académico a Hispanoamérica lo realizó en 1996 junto con el profesor Miguel Ayuso para dictar unas conferencias en el doctorado de la facultad de ciencias políticas de la Universidad Nacional de Cuyo, teniendo como anfitriones en la ciudad de Mendoza a los profesores Juan Antonio González y Rodolfo Juárez Díez.

En 2005 regreso a Mendoza para dictar nuevas conferencias. Entonces trabo estrecha amistad con los profesores Juan Fernando Segovia (1956-2025) y Dardo Pérez Guilhou (1926-2012), ex ministro de educación y ambos miembros de la academia nacional de ciencias políticas. Este último, cuando viajaba a Madrid, siempre visitaba a Dalmacio como también lo hacía Enrique Zuleta Álvarez (1923-2015) antiguo rector de la Universidad de Cuyo. De paso por Buenos Aires tuvo un reencontró casual con Juan Carlos Corbetta, a quien había conocido en Madrid en 1995. Él lo recuerda así:

En Buenos Aires una mañana caminaba por una avenida de Santa Fe cerca de la avenida Callao y detrás de un puesto de diarios y revistas inesperada y sorpresivamente apareció paseando Dalmacio que había llegado el día anterior para dictar un Seminario y que estaba caminando porque es la mejor manera de conocer una ciudad. Buenos Aires le gustaba quedamos a almorzar juntos al mediodía Siguiente y me solicitó reunirnos en un restau-

rante donde pudiera probar pescados uno de sus platos favoritos fue un almuerzo inolvidable por la gran variedad de temas la siguiente vez me avisó con tiempo y me invitó a encontrarnos en la recepción de hotel en el centro de la ciudad de Buenos Aires me recibió con su cantador y simpática esposa (Pensar el Estado. Madrid, 2022.p. 552)

En 1998 Dalmacio también había estado en la Argentina para dictar unas conferencias en la Universidad Católica de Buenos Aires. Entonces conoció al profesor Florencio Hubeñak con quien trabó cercana amistad y asimismo con Luis María Bandieri con el que compartía su interés por el pensamiento de Carl Schmitt.

Como se puede apreciar la obra de Dalmacio Negro ha tendido una especial acogida en la Argentina destacándose entre sus más importantes difusores el mencionado constitucionalista Juan Carlos Corbetta y el politólogo Sergio Raúl Castaño, autor de un importante libro sobre la legalidad y la legitimidad (2015) que cuenta con un notable prólogo de don Dalmacio.

Durante el año 2005 Dalmacio Negro y su esposa viajaron a Chile por un proyecto de investigación dirigido por su amigo el politólogo Paul Ludwig Weinacht, de la Universidad de Wurzburg. En Santiago se reencontró con el profesor Juan Antonio Widow (1935-2024), discípulo del padre Oswaldo Lira (1907-1994) y con el profe-

sor Gonzalo Ibáñez a quienes ya había conocido en España.

Luego de su estadía en Santiago junto con Miguel Ayuso, viajaron al Perú donde participaron en el 60 aniversario de la Sociedad Peruana de Historia que los incorporo como sus académicos correspondientes. Durante esta visita a Lima, Dalmacio Negro dio una célebre conferencia, con lleno total en el Colegio de Abogados, sobre la Constitución de la Unión Europea, tema de enorme interés en aquel momento en que se hablaba del referéndum francés para la aprobación de dicho tratado.

La anécdota que ha quedado de aquel día limeño ocurrió cuando se escuchó decir al conferencista: “La Unión Europea no se puede construir sin Francia”. Lo que provoco simpatías, pero cuando el auditorio ya respiraba aliviado por el futuro de Europa, don Dalmacio sentencio de manera lapidaria: “Ahora bien, debemos tener en cuenta que la Unión Europea con un país como Francia, es imposible”.

En aquella oportunidad conoció e hizo amistad con Vicente Ugarte del Pino gran patriarca peruano del hispanismo y con el autor de estas líneas que tuvo el honor de recibirlo en una cena en su casa. Para entonces ya mantenía amistad con el reconocido periodista liberal Aldo Mariátegui, polémico director del diario “Correo” a quien había tenido como alumno de posgrado en la Universidad Complutense en 1990.

En el año 2006 Dalmacio realizó un nuevo viaje a hispano-américa, esta vez a México para dictar un curso durante una semana en la Universidad Panamericana con el catedrático de historia del derecho Salvador Cárdenas discípulo de Bernardino Bravo Lira y de Álvaro d'Ors en la Universidad de Navarra. Precisamente en esta casa de estudios en Pamplona, en el año 2002, don Dalmacio había presidido el tribunal doctoral del profesor Cárdenas cuyo director de tesis fue José Zafra Velarde.

En la obra dalmaciana, el tema hispanoamericano ha sido tratado de manera complementaria a los temas de teoría política o en relación con la historia del Estado teniendo la generosidad de haberme citado en sus libros *Sobre el Estado en España* (Madrid, 2007. p. 77) y en célebre su *Historia de las formas del Estado* (Madrid, 2010. p. 160) en nuestro libro *Los reinos del Perú* que recoge las indagaciones que expusimos sobre la no-estatalidad de la monarquía indiana.

El más antiguo de sus textos sobre Iberoamérica data de 1970 cuando escribió el ensayo *Tocqueville en Hispanoamérica* y los últimos fueron sus textos sobre dos peruanos: “José María Pando hombre de estado y liberal doctrinario” (2015) y con motivo del centenario de su amigo Vicente Ugarte en 2023 tuvo la generosidad de escribir una presentación para la biografía que le dedicamos al maestro de la peruanidad.

Una de las últimas actuaciones importantes de Dalmacio estuvo vinculada a la hispanidad. El participa como entrevistado en la película documental *Hispanoamérica, Canto de Vida y Esperanza* dirigida por el reconocido cineasta José Luis López-Linares, tres veces ganador del Premio Goya.

Finalmente terminaré estas palabras hablando del Dalmacio que yo conocí desde el año 2006 en que fue incorporado a la Academia de Ciencias Morales y Políticas de Madrid hasta su fallecimiento en 2024. Tuve el privilegio de compartir con él las sesiones de la academia a las cuales asistía en mis visitas España y luego de eso, en las extraordinarias tertulias posteriores y varias veces con magnificas cenas en restaurantes rodeados de amigos.

Con los años los encuentros se fueron espaciando algo por sus problemas de salud, pero cada reencuentro, con muletas incluidas, nos traía al Dalmacio de siempre, ingenioso, brillante y profundo. Me preguntaba interesado por las cosas de Iberoamérica, por eso mantengo en el recuerdo su alegría al recibir su diploma como miembro correspondiente de la Academia Peruana. Entre los privilegios que he tenido, y que debo agradecer, está el haber podido disfrutar de su compañía y de las enseñanzas de uno de los últimos grandes sabios de España.

D. JERÓNIMO MOLINA
Don Dalmacio in memoriam

Don Dalmacio Negro Pavón viene al mundo en Madrid el 23 de diciembre de 1931, a las dos semanas de la aprobación y entrada en vigor de la constitución de la Segunda República. Hijo de una maestra pionera en la educación de niños sordomudos y ciegos y de un abogado de la promoción de José Antonio Primo de Rivera, funcionario de nivel medio-bajo en la Dirección General de Seguridad, de ideas republicanas, pero no ideologizado y sin significación política, es testigo, como niño, de la Revolución en el otoño madrileño de 1936. Rescatado por la Cruz Roja inglesa de Madrid, llega a Francia y de allí pasará a Galicia. Después de la guerra regresa a Madrid. Ajeno a toda forma de resentimiento personal o político, es educado por su madre en un espíritu de perdón y reconciliación, rasgos ciertamente *constitutivos* de su carácter.

Estudia Derecho y Ciencias Políticas y Económicas en la Universidad de Madrid, quedando deslumbrado en primero de carrera por el verbo y el estilo del profesor Francisco Javier Conde, catedrático de Derecho Político y numerario de esta Real Academia. Precisamente, la lectura de su libro *Teoría y sistema de las formas políticas* (1944), un dechado de concisión, claridad y clasicismo, estimula su interés por el pensamiento

político. Las páginas de Conde hacen carburar su vocación; sin embargo, don Dalmacio se reconocerá mayormente en el magisterio de Luis Díez del Corral, catedrático de una materia de impronta germánica, inventada, podría decirse, por Otto Hintze —historia de las formas políticas— y trasplantada con éxito por don Luis en la universidad española. Antes de obtener la cátedra de su maestro, en 1982 (Historia de las Ideas y de las Formas Políticas), ingresa en el cuerpo técnico-administrativo de la Diputación de Madrid y explica varios cursos de Sociología y Filosofía en las universidades de Madrid y Valencia.

Su muerte a finales de 2024, también un 23 de diciembre, cierra idealmente una etapa del pensamiento político en España: “casi un cuarto de siglo de oro” que arranca con la publicación de *El pensamiento político de Bodino* (1935), la tesis doctoral de Conde, entonces un joven y prometedor jurista militante de la FUE, y culmina en *La constitución española* (1969), obra clave de otro individuo de número de esta Real Academia y catedrático de Derecho Político en la Universidad de Murcia, el profesor Rodrigo Fernández-Carvajal.

*

Con suma modestia, en el homenaje tributado por sus alumnos en la presentación del *liber*

amicorum, al que tanto se resistió durante quince o veinte años, *Pensar el Estado: Dalmacio Negro. La política de los hechos y la política de la libertad* (2022), el “Profesor” que nunca se ha dado importancia, no se reconocía más mérito que “la transmisión de lo aprendido de sus maestros”. En efecto, debemos a don Dalmacio el gesto generoso del discípulo que no reniega de sus mentores y se mantiene fiel a su memoria y magisterio.

Esa desinteresada fidelidad suya puede explicar, tal vez, que no haya una *escuela dalmaciana*, pero sí una manera de cultivar el acervo de la inteligencia política española para mostrar, libre de prejuicios, su originalidad y su potencia creadora. Acaso por don Dalmacio, por sus enseñanzas —*su vis docente* impregnaba todas sus relaciones con absoluta naturalidad—, no se ha de olvidar entre nosotros a “juristas de Estado” e historiadores políticos como Carlos Ollero, Jesús Fueyo, Gonzalo Fernández de la Mora, Manuel García-Pelayo y José Antonio Maravall, además de los ya mencionados, casi todos académicos de número de esta corporación. Todos le dieron a don Dalmacio trato de parigual y amigo.

*

La vasta obra de Dalmacio Negro, discípulo y lector de los “juristas del 27” y de la promoción o generación inmediatamente posterior —la “gene-

ración del 47”, Juan Velarde *dixit*—, constituye una de las referencias insoslayables del pensamiento político que se expresa en español. Don Dalmacio no es, por tanto, un escritor epigonal —condición que en ningún caso sería demérito—, sino una inteligencia política original que edifica sobre los “conceptos” o *Begriffe* (Carl Schmitt) esenciales de la generación de sus maestros, ese tipo de “banalidades superiores y olvidadas” (*banalités supérieures et oubliées*) cuyo *redescubrimiento*, según Julien Freund, constituye el objeto primario del pensamiento político: las distinciones entre lo político y el Estado y lo político y la política, a las que él ha añadido, por su cuenta, la diferenciación sistemática entre gobierno y Estado. Se oponen al “concepto”, acaso porque *no comprenden*, quienes, como escribe Ignazio Silone en *Uscita di sicurezza* (1965), “dogmatizan la crónica y relativizan lo que no pasa”.

El interés de don Dalmacio por lo que no pasa, precisamente por aquello que Gianfranco Miglio ha denominado *regolarità del politico* (“regularidades de lo político”), constituye una veta esencial de su pensamiento, condicionando en realidad su *modo de acceso* a lo político, próximo o superpuesto a la tradición del “realismo político”. En este sentido, una de sus contribuciones más originales a la filosofía política —o acaso *metapolítica*— es la ya mencionada distinción entre gobierno y Estado. Siempre hay un

gobierno, señala don Dalmacio, pero no siempre hay (o ha habido) Estado, pues este es una forma histórica y, por tanto, accidental y transitoria de lo político. Reflexiones alimentadas en la relectura de Carl Schmitt, Michael Oakeshott y Bertrand de Jouvenel, por mencionar a algunos de sus autores predilectos.

La originalidad del pensamiento político español, de la que sin duda participa don Dalmacio, cualidad parangonable con la superioridad de la teoría del Estado de nuestro siglo XVII (José Antonio Maravall, Luis Sánchez Agesta), está modulada por el “realismo político”, por “la imaginación del desastre”, actitud que, según Manuel Fernández Escalante, define la genuina aproximación hispánica al problema de lo político, al menos desde Baltasar Álamos de Barrientos.

*

El profesor Negro Pavón, más allá de su faceta universitaria, consagrado durante toda su carrera docente a explicar un vastísimo y formativo programa de “Historia de las Ideas y de las Formas Políticas” a unos alumnos, siempre en agraz, de segundo curso de la Licenciatura en Ciencias Políticas —primero en la Universidad de Madrid y tras su jubilación en la Universidad CEU-San Pablo—, ha sido, junto a Fernández de la Mora, uno de los pensadores políticos españoles

más importante del último medio siglo. Pero ni el autor de obras como *El crepúsculo de las ideologías* (1965) o *La partitocracia* (1976) ni don Dalmacio son inteligencias que hayan aparecido en España por generación espontánea o accidente. Como ya se ha señalado, su pensamiento se proyecta retrospectivamente, enaltecándolo, sobre una promoción de pensadores políticos que ve acicateada su inteligencia por el “antiformalismo jurídico” de Carl Schmitt y Hermann Heller, pero también por la “razón vital” de José Ortega y Gasset y, más tarde, por la metafísica de Xavier Zubiri. No es casual que los juristas del 27 sientan aún próxima la desaparición del imperio en 1898 y experimenten en sus propias carnes, durante la Guerra Civil, el inmenso hueco que deja el hundimiento del “Estado” que trabajosamente se ha ido edificando en España después de la Revolución de 1868.

*

Don Dalmacio, probablemente, ha sido el escritor político que más agudamente ha penetrado en el “enigma histórico” del Estado en España. Su historiografía del Estado como forma política —en particular su *Historia de las formas del Estado. Una introducción* (2010)— permite entender el alcance de su tesis sobre el carácter paraestatal de la constitución histórica de España,

desarrollado en su ensayo *Sobre el Estado en España* (2007). A su juicio, la expansión ultramarina de Castilla aborta el modelo estatal aragonés de Fernando el Católico, de influencia italiana. Don Dalmacio considera que el Estatuto Real de 1834 representa de hecho la liquidación jurídica y política del imperio. Desde entonces, con vacilaciones, el liberalismo español intenta edificar un Estado en España. Pero como carece de una noción clara de lo estatal y de lo político, su empresa nacional se agota generalmente en la lucha por implantar *una* constitución.

Ignora el liberalismo español que la cuestión estatal es previa a todo debate constituyente en el sentido del constitucionalismo del siglo XIX. La inversión de la jerarquía política (anteponer la constitución al Estado, incluso a la nación histórica y política) explica que el Estado se haya edificado tardíamente en España, apareciendo su fundación condicionada en el siglo XX, como en la Francia del siglo XVI, por una guerra civil. En este sentido, la dictadura del general Franco viene a ser, a juicio de don Dalmacio, la realización del fallido proyecto estatificador de la Segunda República —del mismo modo que, acaso por un ardid de la historia, Napoleón *perfecciona* o *consume* la Revolución francesa—.

*

La historiografía del Estado y la inclinación metapolítica se adensan en la trayectoria intelectual de don Dalmacio a partir de 1995, el año *biográficamente decisivo* de su ingreso en la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas con un discurso de recepción que, finalmente, ha de ser reconocido como su obra capital: *La tradición liberal y el Estado*. Se trata de un detallado estudio que, partiendo de una antropología política realista, examina la naturaleza del liberalismo —constancial a la tradición política occidental de la libertad— y los efectos de su exposición a la radiación o interferencia (histórica) de lo estatal. Ello le permite distinguir entre un “liberalismo político” y un “liberalismo regalista”, desviado de aquel, justamente por la interferencia del racionalismo mecanicista estatal.

Pero *La tradición liberal y el Estado* constituye también un reservorio de conceptos para sortear la pulsión antipolítica del liberalismo, en aquellos años —desde mediados de los ochenta— sometido de modo creciente al influjo economista neoliberal. En realidad, para don Dalmacio no ha sido el liberalismo una cuestión ideológica o partisana, sino un aspecto capital de su antropología política que enlaza con la moral. Irónico como era, acaso se reconocería divertido en el dicho que Antonio Machado pone en boca de su *Juan de Mairena*: “La libertad es un problema metafísico. Hay, además, el liberalismo,

una invención de los ingleses, gran pueblo de marinos, boxeadores e ironistas”.

*

Don Dalmacio deja numerosos estudios y traducciones de los clásicos políticos (Hobbes, Hegel, Comte, Stuart Mill, Marx, Tocqueville y muchos otros), trabajos todos ellos referenciales dentro de una bibliografía vastísima y dispersa en miles de páginas. El “Profesor”, como le ha llamado el *libero ricercatore* Jorge Sánchez de Castro, seguirá conversando —una de sus grandes aficiones— con una nueva promoción de lectores y estudiosos de lo político. Para ellos, como para nosotros en otro tiempo, seguirán siendo hitos imprescindibles en su formación *Liberalismo y socialismo*. *La encrucijada intelectual de Stuart Mill* (1975), su tesis doctoral; *Comte, positivismo y revolución* (1985); *Gobierno y Estado* (2002) —traducido al italiano: *Il dio mortale. Il mito dello stato tra crisi europea e crisi della politica* (2014)—; *Lo que Europa debe al cristianismo* (2004); *El mito del hombre nuevo* (2009); *La ley de hierro de las oligarcías* (2015) —traducción francesa: *La loi de fer de l’oligarchie. Pourquoi le gouvernement du peuple, par le peuple, pour le peuple et un leurre* (2019)—; *Liberalismo, iliberalismo. Artículos políticos* (1989-2013); y *El fin de la normalidad y otros ensayos* (2021).

*

A don Dalmacio le dolía España con un dolor crónico e inequívoco, aceptado por ello con serenidad. No tenía un “programa político”, mucho menos una “constitución en el bolsillo”, pues una constitución —él solía hablar, en un sentido trascendental, de “cartas otorgadas”— le parecía, *in politicis*, un hecho no menor, pero sí secundario, frente al problema genuinamente político: el de la formación y renovación (“circulación” en el sentido de Vilfredo Pareto) de las elites políticas y culturales. Aunque otra cosa pueda parecer en una lectura superficial o apresurada de su obra, no hay en las páginas de don Dalmacio “antioligarquismo” doctrinario —pues siempre hay una “clase política” (Gaetano Mosca, Fernández de la Mora)—, sino más bien una preocupación por la debilidad congénita de la dirigencia política española, tara transmitida sin remedio al Estado.

*

De don Dalmacio Negro, “liberal árquico” o “triste” (Carlo Gambescia), diremos sus alumnos, como Ramiro de Maeztu en su *Debemos a Costa*, que “nunca escribió con el propósito mercenario de adularnos” y que “nos estimuló al trabajo”. Querríamos ser dignos de su enseñanza y merecedores del tiempo que con absoluta liberalidad nos regaló. Descanse en paz.

D. BENIGNO PENDÁS GARCÍA
*Intervención del Sr. Presidente
en la sesión In Memoriam de
don Dalmacio Negro Pavón.*

Extracto del Acta final

A su término, el Sr. Presidente añadió a cuanto habían dicho los oradores que fue alumno de don Dalmacio en 1974 en la asignatura de Historia de las Ideas Políticas y que, jubilado el maestro don Luis Díez del Corral, firmó como director su tesis doctoral. Rememoró el acceso a la cátedra de don Dalmacio y el tribunal ante el que lo hizo, integrado por tres Académicos de esta Casa —don Jesús Fueyo Álvarez, don Luis Díez del Corral y don Carlos Ollero Gómez— y dos de la Real Academia de la Historia: don José Antonio Maravall Casesnoves y don Miguel Arto-la Gallego. Difícilmente, observó, se podrá reunir una comisión con miembros tan relevantes. Subrayó la brillante trayectoria de nuestro compañero en el Departamento de Historia del Pensamiento y Movimientos Sociales y Políticos de la Universidad Complutense y que terminó su carrera en la Universidad CEU-San Pablo.

Caracterizó a don Dalmacio como madrileño con toques galaicos, debidos a sus habituales estancias en Galicia, y apuntó que decía que era de los Académicos a los que bastaba su nombre propio para identificarlos: Salustiano, Landelino, Olegario e, incluso Benigno. “Dalmació, señaló, ha sido siempre un nombre propio para nosotros”.

Hombre de convicciones profundas, las defendía con empeño pero con cordialidad, con buen

sentido, con humor. No era posible enfadarse con él. Era como un Gracián contemporáneo. Destacó su discurso de ingreso sobre la tradición liberal y el Estado, una verdadera monografía sobre la Historia de las Ideas y Formas Políticas desde la perspectiva de la libertad.

Por último se refirió a la intensa dedicación de don Dalmacio a esta Real Academia, en la que fue titular de la medalla número 38 que recibió el 9 de mayo de 1995, como lo muestran las asistencias con las que cuenta: nada menos que 872 a lo largo de veintinueve años. Apuntó que en el libro en que se recogerán las intervenciones habidas en la sesión de hoy, se incluirán también las contribuciones de sus discípulos don Jerónimo Molina, Académico Correspondiente y de don Fernán Altuve Febres, Presidente de la Academia Peruana de Ciencias Morales y Políticas y también Académico Correspondiente. No quiso olvidar el Sr. Presidente el excelente artículo que el Director de nuestra Biblioteca, don Pablo Ramírez Jerez, ha dedicado a la actividad de don Dalmacio en esta Real Academia en la revista *Razón Española*. Y observó que uno de los textos publicados en nuestros *Anales* —cuyo contenido completo es accesible a través de la web del Boletín Oficial del Estado— que más descargas recibe es el trabajo de don Dalmacio sobre la ley de hierro de las Oligarquías, muestra del gran eco de su obra doctrinal.



REAL ACADEMIA
DE CIENCIAS MORALES
Y POLÍTICAS



MINISTERIO
DE CIENCIA, INNOVACIÓN
Y UNIVERSIDADES



FUNDACIÓN
RAMÓN ARECES